RECITAL TERESIANO

ECOS DE UN CASTILLO INTERIOR

Ávila, 2 de Mayo de 1996

GUIÓN
Tomás Álvarez y Salvador Ros

MONTAJE
Eduardo T. Gil de Muro

ACTRIZ
Concha Velasco

PRÓLOGO

VOZ EN OFF [*Desde dentro del escenario*]: «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros… En estos, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee… Quien entienda bien castellano, verá que el de la Madre es la misma elegancia» (*Palabras de Fray Luis de León*).

CUADRO PRIMERO

VOZ EN OFF: Ávila, año de 1577. En un rincón de la celda que la Madre Teresa de Jesús tiene en su conventito de San José, sobre el rudimentario poyo que le sirve de escribanía, acaba de redactar el libro del *Castillo Interior*. Han transcurrido seis meses menos dos días desde que lo comenzó a escribir en Toledo, aunque realmente el tiempo empleado en la escritura se reduce a mes y medio. Es el libro cumbre de su producción literaria y espiritual, escrito en plena madurez, a la edad de 62 años. Hace sólo 12 que inició su actividad de escritora -los mismos prácticamente que su aventura reformista-, y desde entonces lleva una vida de febril manejar la pluma, donde los proyectos se suceden y ejecutan sin interrupción. Su "opera prima" fue el libro de la *Vida*, escrito también en el convento de San José de Ávila, «casi hurtando el tiempo y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones». Pluma en mano, evocaba y revivía así su infancia, como si de un anticipado personaje cervantino se tratara.

> **TERESA**: «El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos

santos, comenzó a despertarme de edad -a mi parecer- de seis o siete años… Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Tenía uno casi de mi edad. Juntábamonos entrambos a leer vidas de santos. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen… Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños; y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían» (*Vida* 1,1-6).

VOZ EN OFF: Entre las actitudes aprendidas de su familia -numerosa, alfabetizada y de estirpe judeoconversa-, hay que indicar su temprana afición por la lectura, ejercitada en compañía de su madre y a través, sobre todo, de libros de caballerías, género del que ella misma confiesa haber sido en sus años jóvenes una lectora voraz.

TERESA: «Era aficionada mi madre a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre que se había de tener aviso a que no lo viese. Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento» (*Vida* 2,1).

VOZ EN OFF: A propósito de esas lecturas de ficción, su primer biógrafo, el Padre Ribera, viene a decir que «se dio a los libros de caballerías con gran gusto, y gastaba en ellos mucho tiempo, y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo»; hasta el punto incluso -añade el biógrafo- «que, dentro de pocos meses, ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal que había harto

que decir después de él». El Padre Gracián, por su parte, confirmará después esta noticia con una anotación marginal al libro de Ribera en la que se lee: «Ella misma me lo contó a mí»… No deja de ser curioso que también Don Quijote estuviera a punto de escribir uno de estos, antes de decidir que era mejor vivirlos como caballero andante. Teresa, con su aventura espiritual, hizo lo uno y lo otro.

[*Música*]

VOZ EN OFF: Y entre tantos recuerdos como tiene grabados en el alma, Teresa revive también el de su opción vocacional, aquella decisión que a la edad de 20 años la llevó a emprender una nueva y definitiva salida de la casa paterna -esta vez para hacerse monja-, venciendo así la resistencia de don Alonso, que no compartía aquella determinación de la hija. La opción de Teresa y la resistencia de su padre (más cercanos tras la separación) son perfectamente explicables. Por lo que a don Alonso se refiere, los alardes y las presiones sociales estaban deshaciendo a una familia en trance de ruina. La necesidad de recuperar fortunas perdidas, de lograr el prestigio de la honra arisca, empujó a sus hijos hacia las salidas típicas de los conversos: la guerra, las Indias, la Iglesia. En el Norte de África pereció el hermanastro mayor; a la aventura indiana se lanzaron casi todos los demás; y a la Iglesia, al monasterio de la Encarnación, donde estaba su amiga, se encaminó Teresa.

> **TERESA**: «En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo. Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho yo pasase algunos por Él, que Él me ayudaría a llevarlos… Dióme la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como tomar el hábito. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él fue que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así procurélo por otra vía. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día muy de mañana al

monasterio adonde estaba aquella mi amiga… Acuérdaseme que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba de sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra» (*Vida* 3,6-7; 4,1).

VOZ EN OFF: Pero luego vino la enfermedad, aguda y larga, que a la edad de 25 años amenazaba con troncharle la vida: cuatro días en estado de coma, ocho meses paralítica y tres años de lenta recuperación. Una enfermedad extraña que la obligó a salir del convento, acudir a la curandera famosa de Becedas (quien a fuerza de pócimas la dejó en los puros huesos), conocer al pobre cura hechizado, convencerse de la miseria de la medicina del tiempo, y de que, en fin, podían mucho más los médicos terapeutas del cielo, en especial el omnivalente San José.

TERESA: «Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto. Dióme aquella noche un paroxismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora o momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos… Quedé de estos cuatro días de paroxismo de manera que sólo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí: la lengua hecha pedazos de mordida; la garganta, de no haber pasado nada y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar; toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo, sin poderme menear, ni brazo, ni pie, ni cabeza, más que si estuviera muerta; sólo un dedo me parece podía menear de la mano derecha; en una sábana, una de un cabo y otra de otro, me meneaban. Estar así me duró más de ocho meses; el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años… Pues como me vi tan tullida y en tan poca edad y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen. Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir» (*Vida* 5,9; 6,1-2.5-6).

VOZ EN OFF: Después de tres años de parálisis, Teresa recupera la salud. Sana de cuerpo, pero enferma de alma, la vida monástica se le vuelve anodina, como un árido desierto o un «mar tempestuoso» de nauseabunda tibieza espiritual; situación que se prolonga durante casi veinte años braceando a solas por intentar salir a flote.

> **TERESA**: «Pues así comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto que, como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud… Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal -pues tornaba a caer- y en vida tan baja de perfección… Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios, era con pena; cuando estaba con Dios, las afecciones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años… Suplicaba al Señor me ayudase; mas debía faltar -a lo que ahora me parece- de no poner en todo la confianza en Su Majestad y perderla de todo punto de mí. Buscaba remedio, hacía diligencias, mas no debía entender que todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios. Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar, tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole» (*Vida* 7,1; 8,2.12).

VOZ EN OFF: Largos años de lucha angustiosa entre el acoso de la gracia y la resistencia de Teresa que desembocan finalmente en eso que los libros que ella lee llaman «la conversión». Se trata de un hecho extraordinario, de un encuentro con Cristo a través de una imagen, pero a corazón abierto, y que le llega a la altura de los casi 40 años. Es éste un acontecimiento trascendental en su vida, una primavera que divide su biografía en un antes y un después: atrás quedan 39 años de dura travesía; a partir de ahora se abren 28 de «vida nueva», de fuerte inmersión en la experiencia mística. El hecho, por otra parte, ha venido caldeado con la lectura de las *Confesiones* de San Agustín, y lo describe así ella, emocionada y patética.

> **TERESA**: «Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces… En este tiempo me dieron las *Confesiones* de San Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no las procuré, ni nunca las había visto. Como comencé a leer las *Confesiones*, paréceme me vía yo allí. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas» (*Vida* 9,1.3.7-8).

[*Música. Fin del cuadro primero*]

CUADRO SEGUNDO

VOZ EN OFF: Teresa no puede callar -por más que lo exija el ambiente antifeminista de su tiempo- lo que a ella le ha sucedido. Algo fuera de serie, casi increíble, y por eso también casi indecible: le ha pasado lo mismo que a Pablo de Tarso, camino de Damasco, que Cristo le ha salido al encuentro y se le ha revelado como «libro vivo», como maestro interior que la lleva a entender verdades, algo que nadie le puede quitar. Y dicho así, precisamente -¡qué paradoja y qué ironía!-, cuando el férreo sistema inquisitorial reforzaba su ofensiva contra los espirituales, decretando trágicas medidas represoras ante las cuales quedaban inermes, indefensos y al borde de ser estigmatizados como herejes.

> **TERESA**: «Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya, por dejarlos en latín. Me dijo el Señor: *No tengas pena, que yo te daré libro vivo*. Yo no podía entender por qué se me había dicho esto, porque aún no tenía visiones; después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien, porque he tenido tanto en qué pensar y recogerme en lo que veía presente, y ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar!… A cabo de dos años que andaba con toda esta oración, me acaeció esto: estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, o sentí -por mejor decir-, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecíame estaba junto cabe mí Cristo y veía ser Él el que me hablaba. Yo, como estaba ignorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor al principio y no hacía sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, quedaba como solía, quieta y con regalo y sin ningún temor. Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y que era testigo de todo lo que yo hacía… Luego fui a mi confesor harto fatigada a decírselo. Preguntóme que en qué forma lo veía. Yo le dije que no lo veía. Díjome que cómo sabía yo que era Cristo. Yo le dije que no sabía cómo, mas que no podía dejar de entender estaba cabe mí y lo veía claro y sentía. No hacía sino poner comparaciones para darme a entender. Preguntóme el confesor quién dijo que era Jesucristo. Él me lo dice muchas veces, respondí yo; mas antes que me lo dijese se imprimió en mi entendimiento que era Él. Se imprime con una noticia tan clara que no parece se puede dudar» (*Vida* 26,6; 27,2-3.5).

VOZ EN OFF: Fue el hecho decisivo de su vida, el que a los 45 años le resolvía en positivo el enorme caudal de su afectividad, dotándola de una agudeza inaudita, de una nueva manera de ver las cosas. Misteriosa fuente de sabiduría que la empuja a posiciones imprevistas, audaces, de auténticas invectivas contra aquel ambiente marginador de la mujer y con tantos convencionalismos cifrados en la mentirosa honra y en autoridades postizas.

> **TERESA**: «De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día. Quedé con un provecho grandísimo, y fue éste: tenía una grandísima falta de donde me vinieron grandes daños, y era ésta: que como comenzaba a entender que una persona me tenía voluntad, y si me caía en gracia, me aficionaba tanto que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios; mas holgábame de verle y de pensar en él y en las buenas cosas que le veía. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía… Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndole, como con quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura, sujeta a muchas caídas. Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas… ¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí, que lo mire todo sin estar enredada en ello!… Querría dar voces para dar a entender qué engañados están. Y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones. Tiénenla por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer. Aquí es el condenar, porque no sabe el ímpetu que la mueve, que a veces no se puede valer, ni puede sufrir no desengañar a los que quiere bien y desea ver sueltos de esta cárcel de esta vida» (*Vida* 37,4.6; 20,25).

VOZ EN OFF: Y de esa misteriosa fuente le brota también, incontenible, de manera desbordante, la expresión poética.

> **TERESA**: «¡Oh válgame Dios, cuál está un alma cuando está así! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene así. Yo sé persona que con no ser poeta, que le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas declarando su pena bien, no hechas de su entendimiento» (*Vida* 16,4).

VOZ EN OFF: Y compone así su primer gran poema.

TERESA: «¡Oh Hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

¡Oh ñudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales;
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males!

Quien no tiene ser juntáis
con el Ser que no se acaba;
sin acabar, acabáis;
sin tener que amar, amáis;
engrandecéis nuestra nada».

VOZ EN OFF: Y glosa también para Él aquellas palabras de la esposa del Cantar de los Cantares: «Mi Amado es mío y yo soy suya».

TERESA: «Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que es mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida
en los brazos del amor,
mi alma quedó caída;
y cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado,
que es mi Amado para mí
y yo soy para mi Amado.

Tiróme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
yo ya no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado».

VOZ EN OFF: Fascinada y enamorada, a Teresa le crece el amor hasta el punto de no caberle en las entrañas, gozosamente heridas, transverberadas, esto es, invadidas por el tránsito del Verbo, por el nacimiento de Cristo en ellas.

> **TERESA**: «Desde a poco tiempo comenzó Su Majestad a señalar más que era Él, creciendo en mí un amor tan grande de Dios que no sabía quién me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor, que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan grandes es imposible poderlo comprender, que no es desasosiego del pecho, ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Estotros ímpetus son diferentísimos. No ponemos nosotros la leña, sino que parece que, hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos. Hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha ni qué quiere. No se puede encarecer ni decir el modo con que llaga Dios el alma y la grandísima pena que da; una pena tan sabrosa que no hay deleite en la vida que más contento dé… Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parecen todos se abrasan (deben ser los que llaman querubines, que los nombres no me los dicen). Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego; éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas; al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre Dios y el alma, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento» (*Vida* 29,8-10.13).

[*Música. Fin del cuadro segundo*]

CUADRO TERCERO

VOZ EN OFF: Y ese amor grande que dilata todo su ser, que ensancha todas sus capacidades, se convierte en un poderoso resorte que la empuja a la acción. Es la gracia de los fundadores, la que dice Juan de la Cruz que da Dios a aquellos cuya virtud y espíritu se ha difundir en la sucesión de sus hijos. Virtud y espíritu nuevos que en esta primera hora cristalizan en la agrupación de un puñado de mujeres orantes al servicio de una Iglesia necesitada de todo, un círculo espiritual que constituye un auténtico desafío contra el ambiente marginador de la mujer y que tiende a suplir con la batalla sin ruidos de la oración lo que en aquellas circunstancias no podían hacer los ejércitos armados de Felipe II ni la polémica de altos vuelos teológicos contra los luteranos.

> **TERESA**: «Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo, o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que veía perder. Y como me vi mujer, y ruin, e imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que ésos fuesen buenos; y así determiné hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le traen a los que ha hecho tanto bien… Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar esto. Confío yo, Señor mío, en estas vuestras siervas que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa, ni la pretenden, sino contentaros. Por Vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con ello. Pues no sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense yo daréis menos de lo que os suplican, sino mucho más; ni aborrecistéis, Señor de mi alma, cuando andábais por el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad y hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres. ¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino

porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (*Camino* (E) 1,2; 4,1).

VOZ EN OFF: Tras cinco años de vida -los más tranquilos, sin duda, de su existencia- en la casa de San José de Ávila, calificada por ella misma como «un cielo, si le puede haber en la tierra, para quien sólo se contenta de contentar a Dios y no hace caso de contento suyo», Teresa recibe la visita del Superior General de la Orden, el Padre Rubeo, quien, encantado de ver el estilo de aquella casa, le dio patentes para fundar tantos monasterios como pelos de su cabeza, autorizando así los designios expansivos pensados antes por la Fundadora, decidida a colaborar también en el otro gran problema de la Iglesia castellana: la conversión de los indios.

TERESA: «A los cuatro años, me parece era algo más, acertó a venirme a ver un fraile francisco, llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios y con los mismos deseos del bien de las almas que yo. Éste venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, e hízonos un sermón y plática animándonos a la penitencia. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí. Fuíme a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más. Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche, estando en oración, representóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas*. Quedaron fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí. Y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni veía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada y con gran certidumbre que serían verdaderas estas palabras». (*Fundaciones* 1,7-8).

VOZ EN OFF: Cargada de patentes y buenos deseos, comienza la Teresa andariega y su actividad fundacional. Lo que en un principio había nacido en San José de Ávila como simple casa de experiencia, pasaba ahora a convertirse en un vigoroso movimiento de reforma que llegaría a contar, en un tiempo récord, con dieciséis conventos de monjas y otros tantos de frailes. Toda una proeza, una epopeya, llevada a cabo por una mujer en calidad de instrumento de Dios. La expansión de esa Reforma moderna se hacía desde el núcleo mercantil y financiero de Medina del Campo, en una noche de feria y encierros, y en una casa tan destartalada que resultaba inhabitable, no tanto para las monjas, de escaso exigir, cuanto para la dignidad y seguridad del habitante mayor, el Santísimo Sacramento.

> **TERESA**: «Llegamos a Medina del Campo víspera de Nuestra Señora de Agosto, a las doce de la noche. Apeámonos en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a la casa. Fue harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar alguno. Llegadas a la casa, entramos en un patio. Las paredes harto caídas me parecieron, mas no tanto como cuando fue de día se pareció. Visto el portal, había bien que quitar tierra de él, a teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta y no traíamos sino unos reposteros (creo eran tres); para toda la largura que tenía el portal era nada. Yo no sabía qué hacer, porque vi no convenía poner allí altar. Plugo al Señor que el mayordomo de aquella señora tenía muchos tapices en casa y una colcha de damasco azul, y había dicho nos diese lo que quisiésemos. Yo, cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos. Comenzáronse a buscar de las paredes; en fin, con trabajo, se halló recaudo. Unos a entapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena prisa, que, cuando amanecía, estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesión. Yo ya estaba hasta esto muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento; mas poco me duró. Porque, como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana a mirar el patio, y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo era menester muchos días. ¡Oh, válgame Dios! Cuando yo vi a Su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, ¡qué fue la congoja que vino a mi corazón! Comencé a tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos a ella mientras aquello se remediaba. Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar, que yo pasaba harto penosas noches y días. Porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen el Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían; y así me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna y podíalo bien ver» (*Fundaciones* 3, 7-13).

VOZ EN OFF: Su opción medinense obedecía también al deseo de encontrar allí otros candidatos dispuestos a emprender entre los frailes un proyecto similar al realizado con las monjas, proyecto para el que había obtenido del Superior General las oportunas licencias, pero sin comprometidos todavía. Y, efectivamente, en Medina del Campo llegaron las primeras ofertas de dos carmelitas conventuales de aquel lugar: la del prior conocido, el P. Antonio de Jesús Heredia, y la más providencial aún de Fray Juan de Santo Matía, joven estudiante en Salamanca, recién ordenado de sacerdote y tentado de escapar a la Cartuja.

> **TERESA**: «Estando aquí yo, todavía tenía cuidado de los monasterios de los frailes. Y como no tenía ninguno, no sabía qué hacer. Y así me determiné muy en secreto a tratarlo con el prior de allí para ver qué me aconsejaba. Él se alegró mucho cuando lo supo y me prometió que sería el primero. Yo lo tuve por cosa de burla y así se lo dije. Poco después, acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fue, con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase fray Juan de la Cruz. Yo alabé a Nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho, y supe de él cómo se quería también ir a los cartujos. Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su misma orden, y cuánto más serviría al Señor. Él me dio la palabra de hacerlo, con que no se tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenía dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavía no estaba tan satisfecha del prior, y así aguardaba algún tiempo, y también por tener adonde comenzar» (*Fundaciones* 3, 16-17).

VOZ EN OFF: Comprometido con la reforma teresiana, fray Juan regresó a Salamanca para continuar en la universidad sus estudios eclesiásticos, consciente de que no llegaría a terminarlos, mientras la Madre encontraba lugar y casa para aquellos frailes soñadores de la Cartuja. El caso es que ella quería algo más que el rigor medieval cartujano. Su proyecto era el de un estilo de vida más humanista, y de unos frailes también predicadores, letrados. Por eso, cuando fray Juan volvió de Salamanca, al término de su curso teológico, ella no dudó en llevarlo consigo a la fundación de Valladolid, a fin de informarle, en vivo y en directo, en aquellos días sin clausura en que se aprestaba la casa, «de toda nuestra manera de proceder». Varios meses pasó fray Juan en aquel singular noviciado vallisoletano y con tan excepcional maestra, el único carmelita descalzo que pudo experimentar el magisterio y la convivencia con la Fundadora, y, en resumidas cuentas, el que más caso la hizo, pues la afectividad de ella por su querido Padre Gracián sería de otro estilo y apenas correspondida por él.

> **TERESA**: «Yo me fui con fray Juan de la Cruz a la fundación de Valladolid. Y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla. Él era tan bueno, que al menos yo podía mucho más aprender de él que él de mí; mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder las hermanas» (*Fundaciones*, 13, 5).

VOZ EN OFF: Las fundaciones teresianas se iban sucediendo -ante la admiración de propios y extraños- con velocidad de vértigo, todas ellas en Castilla, en centros urbanos y bien comunicados. En noviembre de 1570, en noche de ánimas y en casa de estudiantes, se hacía la fundación de Salamanca.

TERESA: «Víspera de Todos los Santos, el año que queda dicho, a mediodía, llegamos a la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, a quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios. Como vino, díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen de ella. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo no hubiese algún estorbo. Él fue a cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde. Ya casi noche entramos en ella. Fue la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, según había mal aparejo de los estudiantes. Como no deben tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa, que no se trabajó poco aquella noche. Otro día por la mañana se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por más monjas que habían de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos los Santos mi compañera y yo solas. Cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que, como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella. Ellos lo pudieran muy bien hacer, según había adónde. Encerrámonos en una pieza adonde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa, porque teniéndola no nos faltaba cama. Como mi compañera se vio encerrada en aquella pieza, parece sosegó algo cuanto a lo de los estudiantes, aunque no hacía sino mirar a una parte y a otra todavía con temores. Yo la dije que qué miraba, que cómo allí no podía entrar nadie. Díjome: "Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, qué haríais vos sola". Aquello, si fuera, me parecía recia cosa. Y comencé a pensar un poco en ello, y aun a haber miedo. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que era noche de las Ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías. Yo la dije: "Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir". Como habíamos tenido dos noches malas, presto quitó el sueño los miedos» (*Fundaciones* 19, 2-5).

VOZ EN OFF: Y con el correr de las fundaciones se iban sucediendo también todo tipo de aventuras, empezando por el tormento inevitable de los caminos.

> **TERESA**: «No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con fríos, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas; porque, gloria a Dios, de ordinario es tener yo poca salud, sino que veía claro que Nuestro Señor me daba esfuerzo. A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos» (*Fundaciones* 18, 4-5).

VOZ EN OFF: Los caminos, siempre torturadores, en alguna que otra ocasión le proporcionaron cierto alivio, como sucedió en el de Sevilla a Toledo, en compañía de su hermano don Lorenzo y con la escena simpática de la lagartija impertinente.

> **TERESA**: «¡Oh mi padre, qué desastre me acaeció!, que estando en una parva, que no pensamos teníamos poco, cabe una venta que no se podía estar en ella, éntraseme una gran salamanquesa o lagartija entre la túnica y la carne en el brazo, y fue misericordia de Dios no ser en otra parte, que creo me muriera, según lo que sentí; aunque presto la asió mi hermano y la arrojó y dio con ella a Antonio Ruiz en la boca, que nos ha hecho harto bien en el camino» (*Carta* al P. Gracián, 15 junio 1576, 9)

VOZ EN OFF: Cada fundación era una peripecia que ponía a prueba su temple recio. Porque a ella le gustaba que, a su partida, hubiera quedado todo en perfectas condiciones y garantizada la tranquilidad de sus monjas.

> **TERESA**: «Que nunca, hasta dejar casa propia y recogida y acomodada a mi querer, dejara ningún monasterio, ni le he dejado. Que en esto me hacía Dios mucha merced, que en el trabajo gustaba ser la primera, y todas las cosas para su descanso y acomodamiento procuraba, hasta las muy menudas, como si toda mi vida hubiera de vivir en aquella casa; y así me daba gran alegría cuando quedaban muy bien» (*Fundaciones* 19, 6).

VOZ EN OFF: Una alegría contenida por el dolor que le producían las despedidas.

> **TERESA**: «Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte a otra, yo os digo que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz, en especial cuando pensaba que no las había de tornar a ver y veía su gran sentimiento y lágrimas; que, aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se la ha dado Dios, por ventura para que me fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas, aunque me esforzaba todo lo que podía para no se lo mostrar, y las reñía; mas poco me aprovechaba, que es grande el amor que me tienen, y bien se ve en muchas cosas ser verdadero» (*Fundaciones* 27, 18).

VOZ EN OFF: Ese amor de la Madre Teresa por sus monjas y frailes salta a la vista sobre todo en circunstancias adversas, en situaciones trágicas como las del secuestro de Juan de la Cruz, apresado violentamente, con alevosía y nocturnidad, en el convento de la Encarnación, cuando ella, en el de San José, terminaba la redacción del libro, y por quien intercede ante el Rey con una carta enérgica nada más enterarse de la noticia.

> **TERESA**: «Bien creo tiene vuestra majestad noticia de cómo estas monjas de la Encarnación han procurado llevarme allá. Para algún remedio puse allí en una casa un fraile descalzo, tan gran siervo de Nuestro Señor que las tiene bien edificadas, con otro compañero, y espantada esta ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho, y así le tienen por un santo, y en mi opinión lo es y ha sido toda su vida. Con esto ha estado bien la casa hasta que murió el nuncio, que han tornado los calzados y así torna la inquietud, sin haber mostrado por dónde lo pueden hacer. Y ahora un fraile hales quitado los confesores (que dicen le han hecho vicario provincial, y debe ser porque tiene más partes para hacer mártires que otros) y tiénelos presos en su monasterio, y descerrajaron las celdas, y tomáronles en lo que tenían los papeles. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que ha días que lo desean, y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile tan siervo de Dios está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo su vida. Por amor de Nuestro Señor suplico a vuestra majestad mande que con brevedad le rescaten, y que se dé orden cómo no padezcan tanto con "los del paño" estos pobres descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer, y ganan mucho, mas dase escándalo al pueblo» (*Carta* a Felipe II, 4 diciembre 1577, 2-8).

VOZ EN OFF: Y es que ella no vivía en un aislamiento místico, de espaldas a las realidades de su tiempo; todo lo contrario, observadora perspicaz y fuertemente comprometida con situaciones y problemas que, al menos en apariencia, poco tenían que ver con sus preocupaciones inmediatas, cual es el caso, por ejemplo, de la anexión de Portugal a la corona de Castilla, reclamada por Felipe II con sistemas que a ella no le satisfacen, ante los que se declara pacifista, e incluso se esfuerza porque don Teutonio de Braganza actúe como mediador en el conflicto inminente.

> **TERESA**: «Vuestra señoría me mande hacer saber si hay allá alguna nueva de paz, que me tiene harto afligida lo que por acá oigo. Porque si por mis pecados este negocio se lleva por guerra, temo grandísimo mal en ese reino, y a éste no puede dejar de venir gran daño. Dícenme es el duque de Braganza el que la sustenta, y en ser cosa de vuestra señoría me duele en el alma. Por amor de Nuestro Señor procure concierto, y se tengan delante los grandes daños que pueden venir, que yo digo a vuestra señoría que lo siento tan tiernamente, que deseo la muerte si ha de permitir Dios que venga a tanto mal, por no lo ver. El Señor dé luz para que se entienda la verdad sin tantas muertes como ha de haber si se pone a riesgo, y en tiempo que hay tan pocos cristianos, que se acaben unos a otros, es gran desventura» (*Carta* a D. Teutonio de Braganza, 22 julio 1579, 3-7).

VOZ EN OFF: La paz, precisamente, es uno de los efectos que deja la unión mística del matrimonio espiritual en la séptima morada del Castillo Interior, donde el alma permanece en una quietud estable y con un gran gozo, «porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que Su Majestad hace tienen por bueno».

> **TERESA**: «La unión es juntarse dos cosas en una, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo que toda la luz fuese una; como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río o lo que cayó del cielo; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, que aunque entra dividida se hace todo una luz… Aquí se dan las aguas a esta cierva, que va herida, en abundancia; aquí se deleita en el tabernáculo de Dios; aquí halla la paloma, que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo. ¡Oh Jesús, y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma» (*Moradas* VII, 2,4; 3,13).

VOZ EN OFF: Así va ella, en el atardecer de su vida, como lo dice expresamente en carta a María de San José, su querida priora del carmelo sevillano, invitándola a leer lo escrito en la última morada del *Castillo Interior*.

> **TERESA**: «Si a vuestra reverencia le parece, pues nuestro padre Gracián me dijo había dejado allá un libro de mi letra (que a usadas que no está vuestra reverencia por leerle), cuando vaya allá el padre Rodrigo Álvarez, debajo de confesión (que así lo pide él con

harto comedimiento), para sola vuestra reverencia y él, léale la postrera morada, y dígale que en aquel punto llegó aquella persona, y con aquella paz que ahí va, y así se va con vida harto descansada, y que grandes letrados dicen que va bien» (*Carta* a María de San José, 8 noviembre 1581,25).

VOZ EN OFF: Es el umbral de la plenitud del gozo, la última estación del corazón enamorado.

TERESA: «Dichoso el corazón enamorado,
que en solo Dios ha puesto el pensamiento;
por Él renuncia a todo lo criado,
y en Él halla su gloria y su contento;
aun de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa, y muy gozoso,
las ondas de este mar tempestuoso».

[*Sale del escenario. Música. Fin del cuadro tercero*]

EPÍLOGO

TERESA [*Desde dentro del escenario*]: «Considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no casas tan bastantes como conviene en algunos monasterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de las superioras podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora. Una vez mostradas a gozar de este castillo, en todas las cosas hallaréis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, que no os lo puede quitar nadie… Siempre, cuando tornareis, os tendrá la puerta abierta… Acabóse esto de escribir en el monasterio de San José de Ávila, año de 1577, víspera de San Andrés, para gloria de Dios que vive y reina

por siempre jamás, amén» (*Moradas*, Epíl. 1-2).

FIN DE LA OBRA